

DE LAS SOCIEDADES EN EL ESPACIO A LOS ESPACIOS DE LAS SOCIEDADES: SOBRE ARQUEOLOGÍA Y PAISAJE

Andrés Troncoso M.¹

Profundo cambio fue aquel que afectó al pensamiento occidental durante el siglo XVIII, cuando la lógica del saber dejó de lado a la semejanza como principio epistemológico básico, remplazándolo por una ciencia del orden fundamentada en la *mathesis* y *taxinomia* como principios reguladores, señalando "la desaparición de las viejas creencias supersticiosas o mágicas y, por fin, la entrada de la naturaleza en el orden científico" (FOUCAULT 1997a[1966]: 61). Desde este momento en adelante, se comienza a producir una revaluación de lo que hoy entendemos por naturaleza, apareciendo con claridad un nuevo concepto hacia el siglo XIX, ligado profundamente con el desarrollo del sistema capitalista (CRIADO 1991).

Ahora la naturaleza tiene una valoración ética, "por el cual se invierte dinero y sentimiento" (FOUCAULT 1997a[1966]: 126); ahora, aquel antiguo espacio olvidado por el orden burgués, se transforma en un potencial de fuerzas. Ha comenzado la Era de su dominación técnica, aparecen los principios de producción y explotación, ingresa a la economía política. Es en este momento cuando "comienza la racionalidad. Fin del paganismo, del animismo, de la inmersión mágica del hombre en la naturaleza: todo esto es reinterpretado como superstición" (BAUDRILLARD 1983: 64-65); el hombre ha trascendido la naturaleza.

Ya no estamos frente a un espacio substantivo, sino ante una entidad medible, comparable y explotable. Se define una forma de espacio dominada por conceptos como región y territorio (FOUCAULT 1980). En el fondo, "vemos que es la racionalidad burguesa la que construye un espacio finito, medible y real, ya que sólo estas características pueden permitir que aquello que se denomina espacio se pueda parcelar, repartir, expropiar, vender, explotar, destruir" (CRIADO 1991: 8). Es este espacio funcional, universal y neutral el que guía nuestros razonamientos; es tal sistema de saber el que nos señala que la cultura es un medio de enfrentamiento con la naturaleza, es él quién guió las investigaciones arqueológicas procesuales popularizando conceptos como niveles de adaptación, nicho ecológico o principio de menor esfuerzo. En fin, es él quién nos hace ver el espacio como una entidad económica, compuesta solamente de recursos y energía.

La reorientación de la episteme arqueológica durante los últimos años, volviéndose hacia una práctica cada vez más autoreflexiva sobre su posición y rol en un específico sistema de saber-poder enmarcado en un capitalismo tardío (HODDER 1988, 1992; 1999; SHANKS y TILLEY 1987a, 1987b), ha permitido una reformulación del campo de investigación relativo al espacio pretérito a partir de la llamada Arqueología del Paisaje, la cual, basándose en perspectivas fenomenológicas (THOMAS 1994, 1995, 1996; TILLEY 1994, 1995, 1996), estructuralistas (CRIADO 1988, 1991, 1993, 1997; CRIADO y PENEDO 1993, PARCERO et al. 1998) y otras de carácter más ecléctico (BRADLEY 1992, 1997), pretenden comenzar a develar los aspectos simbólicos y culturales de los paisajes ya desaparecidos.

Haciéndonos parte de las múltiples críticas que han desarrollado estas posturas ante las clásicas concepciones de espacio manejadas por nuestra práctica, en el presente trabajo pretendemos esbozar una serie de ideas y conceptos que permitan explorar el potencial de un estudio orientado al espacio como constructo cultural que, por un lado, escape a los límites impuestos por una orientación formalista y, por otro, que no caiga en los problemas de la arqueología fenomenológica, donde, si bien la obra de Heidegger (1997[1927]), se transforma en piedra angular para entender la experiencia humana del espacio, su realización arqueológica, tan popular en el último tiempo en la Arqueología post-procesual europea, falla en sus intentos de transculturizar una experiencia subjetiva, propia y específica a un tiempo y una cultura en particular.

No podemos continuar sin antes realizar un par de advertencias al lector. En primer lugar, reconocemos en nuestro discurso la influencia fundadora del pensamiento de Felipe Criado, quién, a través de su enfoque estructuralista ha originado un interesante programa de investigación relativo al estudio de los procesos de

construcción social del espacio pretérito. Es muy probable que en muchas ocasiones sigamos el camino por él cimentado, pero en tantas otras, entregaremos un discurso que se le distanciará. En tal sentido, a lo largo del presente escrito esbozaremos una serie de ideas relativas al estudio del paisaje, ideas sujetas a modificación y reconceptualización y a través de las cuales sólo se intenta "definir ese espacio blanco desde el que hablo, y que toma forma lentamente en un discurso que siento tan precario, tan incierto aún" (FOUCAULT 1997b: 28).

Del espacio al paisaje

El espacio no es un escenario para la acción social, no es una simple escenografía por la cual las sociedades se desplazan extrayendo sus recursos y ocupando sus rincones para vivir. La naturaleza y el espacio no son solamente un gran almacén con una gran reserva de provisiones, sean éstas de carácter alimenticio o tecnológico, dispuestas para nuestro aprovechamiento. Por el contrario, en cuanto el hombre como ser cognoscente se encuentra frente a este mundo lleno de formas y colores, comienza a forjar un espacio para habitar, comienza a hacer de él una construcción cultural, un paisaje.

Cómo bien ha sido señalado por Ingold (1987), a diferencia de los otros seres vivientes, el hombre no establece una relación de carácter extractiva-predatoria-instintiva sobre su ambiente, sino más bien, ésta es de carácter apropiativa basada en una acción social deliberada y planificada a partir de determinados códigos culturales. En tal sentido, las relaciones existentes entre hombre-naturaleza-espacio son también relaciones sociales, a través de ellas estos ámbitos interactúan y se articulan en una red de interacción que abarca desde el individuo como particularidad hasta la sociedad como ente totalizante.²

Y estas relaciones sociales se definen a partir del proceso de habitar, expresión fenomenológica del concepto de *Ser-en-el-mundo*. A partir de su interacción diaria con el entorno, a través de la mundaneidad, el espacio comienza a ser imbuido de significados e historias.

"La mundaneidad del mundo circundante (la circummundaneidad) la buscamos a través de una interpretación ontológica del ente que comparece más inmediatamente dentro del mundo circundante. La expresión mundo circundante contiene en el término circundante una referencia a la espacialidad. El entorno que es constitutivo del mundo circundante no tiene empero ningún sentido primariamente espacial. El carácter espacial que pertenece indiscutiblemente al mundo circundante se debe aclarar, más bien, a partir de la estructura de la mundaneidad. Desde aquí se hace fenoménicamente visible la espacialidad del *Dasein*" (HEIDEGGER 1997[1927]: 94).³

Tal interacción se encuentra mediada por aquella estructura cultural propia a una determinada sociedad, que genera una determinada forma de praxis de acuerdo a una serie de preceptos y conceptos manejados por sus miembros, pero que a su vez, se reelabora a partir de su enfrentamiento diario con la cotidaneidad, o como señalaba Lévi-Strauss (1994[1962]: 142), "las relaciones del hombre con el medio natural desempeñan el papel de objetos de pensamiento: el hombre no las percibe pasivamente, las tritura después de haberlas reducido a conceptos, para desprender de ellas un sistema que nunca está predeterminado".

Es por ello que hemos de entender al espacio como un texto, un sitio para la producción y reproducción de significados (THOMAS 1996), suposición que no implica concebir al registro arqueológico como un texto a descifrar, tal y cómo lo han propugnado una serie de arqueólogos post-procesuales, a pesar de las importantes críticas realizadas (BUCHLI 1997, CRIADO 1993). A partir de este punto se abre la posibilidad de la reivindicación del espacio en la investigación arqueológica, relegada a un segundo plano generalmente por la tiranía del tiempo, olvidando que las sociedades humanas son antes que nada sociedades en el espacio y no sociedades en el tiempo.

De lo anterior se desprende, por tanto, que todo análisis espacial a realizar, debería en última instancia, remontarse al concepto de espacio manejado por tal sociedad, dominio subyacente en la esfera imaginaria de cada sociedad y que se hace imprescindible para desarrollar nuestro estudio a cabalidad. Sin embargo, en cuanto la construcción social de la realidad se hace efectiva a partir de la combinación entre una creación imaginaria y la construcción material de la misma, encargada de objetivar materialmente una serie de prácticas sociales y conceptos (SHANKS y TILLEY 1987b), el paisaje adquiere un carácter bidimensional, dado por su concepción imaginaria y su construcción material efectiva de acuerdo a una determinada lógica cultural (CRIADO 1988, 1991), que define, como ya lo hemos dicho, una forma de acercamiento al entorno circundante a partir del discurso existente en el seno de una cultura específica.

Y es aquí donde la Arqueología del Paisaje cimienta sus fundamentos, entendiendo a la cultura material como un instrumento de comunicación social, un medio simbólico para orientar al hombre en su entorno social y natural de acuerdo a unas determinadas posibilidades de racionamiento, un recurso para la materialización y manipulación de una forma de concepción de mundo; de lo que se desprende que la evidencia arqueológica se constituye en un referente empírico para abordar el estudio de las diferentes racionalidades espaciales existentes en el pasado.

Una propuesta de estudio

Entendemos la Arqueología del Paisaje como aquella perspectiva teórica orientada a definir los procesos de construcción social del espacio en épocas pretéritas a partir del desarrollo de una investigación centrada en abordar el estudio de las diferentes tecnologías empleadas en la generación de un paisaje, para, desde este punto, dar cuenta de las diversas formas que ha adquirido el espacio durante su historia.

En otras palabras, nuestro objetivo se orienta a la develación de las diversas formas en que las poblaciones humanas han construido un paisaje a partir de la evidencia material por ellos dejada y, la cual, se transforma en un punto básico para entender las relaciones sociales establecidas entre el hombre y el espacio circundante.

En tal sentido, con el término tecnología, adaptamos la noción acuñada por Foucault (1995), para entender a los dispositivos utilizados, tanto de tipo material como ideacional, para la construcción del espacio. Es entonces, también, y siguiendo los conceptos del mencionado autor, una arqueología de las diferentes formas del espacio.

Sin embargo, el señalar que el enfoque de nuestra perspectiva de investigación es el estudio de las tecnologías del paisaje, implica no sólo entender las formas en que se genera el paisaje, sino también abordar la investigación relativa al rol de determinados asentamientos en procesos relacionados con aspectos ideológicos de una sociedad, que en ocasiones adquieren su eficacia simbólica a partir de su ubicación en una determinada cartografía cultural⁴, o viceversa.

A través de este enfoque, esperamos lograr penetrar en las oscuridades de los paisajes y sus lógicas, entregando, en una primera instancia, una lectura sincrónica que permita entender la expresión espacial de un determinado grupo cultural, para, posteriormente, comparar las formas que ha adoptado el paisaje a través de la historia en la medida en que los grupos humanos modificaron sus pautas culturales, observando cómo se plantea en cada momento la interrelación entre el ambiente, los procesos sociales y el entramado simbólico de toda sociedad (CRIADO 1988, 1991). Es en esta perspectiva, una historia humana de la naturaleza (INGOLD 1987).⁵

Sin embargo, la lógica del espacio responde a una condición de saber que se encuentra mediada histórica y culturalmente, la cual atraviesa los diversos dominios de un tipo de pensamiento, permitiendo la existencia de una compatibilidad estructural entre los diversos ámbitos de una cultura. En tal sentido, las formas de construcción social del espacio se enmarcan en un universo representacional mayor correspondiente a las

estrategias de apropiación de la naturaleza, las que hacen referencia a las formas en que los seres humanos hacen suya la naturaleza a partir de una serie de estrategias donde confluyen aspectos sociales-culturales y económicos o de subsistencia, definiéndose un acercamiento a la naturaleza y, por ende, al espacio.

Metodológicamente, éstas pueden dividirse en estrategias económicas e ideológicas, no obstante el hecho que ambas se entrecruzan y diluyen en aquel todo complejo que denominamos racionalidad cultural. En tal sentido, y como ha sido señalado por Ingold (1987), en forma genérica y sin mayores intenciones determinísticas, ciertas formas de apropiación de la naturaleza deberían ser coherentes con formas específicas de construcción del espacio, en cuanto ambas responden a un mismo sistema de saber que define una actitud particular hacia el entorno circundante.

Estudiando los paisajes

El estudio del paisaje, o del espacio como construcción social, puede realizarse a partir de diferentes escalas de investigación, abarcando desde la experiencia del individuo hasta el entendimiento de los sistemas sociales que guían la construcción del espacio. Cada una de estas perspectivas es de igual importancia, en cuanto, cada una de ellas entrega una perspectiva particular para lograr comprender a cabalidad el proceso de culturización del espacio. Obviamente, tan titánica tarea no puede ser cubierta por una sola clase de investigación, ni por un único marco teórico-metodológico, pues la multiplicidad de escalas en que se da la experiencia del espacio habrán de requerir diferentes formas de aproximación para lograr obtener una "mirada lo más fielmente ajustada a la realidad posible de descifrar".

En nuestro caso, y primariamente, hemos optado por un análisis a partir del asentamiento como unidad mínima de estudio. Creemos que a partir de la lógica espacial de esta específica evidencia arqueológica es posible comenzar a develar las tecnologías de construcción social del espacio y formas del paisaje.

Acuñamos la definición de asentamiento entregada por Chang (1983), entendiendo a éste como una unidad física de depositación compuesta de restos culturales abandonados con determinadas relaciones espaciales. Socialmente, el asentamiento refleja un estado estacionario de la sociedad, entregando información sobre las relaciones sociales entre humanos y entre hombre y naturaleza en un momento específico del tiempo. En tal sentido, oculto entre los asentamientos y sus disposiciones espaciales se encuentra toda una lógica cultural que define una forma de acercamiento al espacio, evocando un concepto de paisaje particular.

Por tanto, es posible comenzar a develar las tecnologías de construcción del paisaje, y el sistema de saber que se encuentra oculto tras éste, a partir del relevamiento de una serie de antecedentes relativos a la ubicación de los asentamientos en un contexto areal que abarque, de preferencia, la totalidad de la evidencia arqueológica disponible. A partir de la localización, emplazamiento, contexto y funcionalidad, en conjunción con la caracterización de las estrategias de visibilidad (CRIADO 1991, 1993), condiciones de visibilización e intervisibilidad será posible entregar una lectura de carácter substantivista que traspase los límites de nuestra cerrada concepción formalista redundante en narrativas de tipo económico.

Mientras la localización, emplazamiento, contexto y funcionalidad nos entregarán información sobre las características de los asentamientos desde una amplia perspectiva espacial que permitirá la entrada a una lógica particular, las estrategias de visibilidad junto a las condiciones de visibilización e intervisibilización, darán cuenta de aspectos a una escala más local y refinada sobre el rol de la cultura material en la creación de juegos de espacio y un sentido de paisaje a partir de la retórica del asentamiento.

Considerando estos parámetros, se podrá generar un acercamiento a las diferentes tecnologías de construcción social del espacio desde un enfoque que permita el entrecruzamiento de información de diferentes contextos y naturaleza que favorezcan el cumplimiento de los objetivos planteados.

Sin embargo, debido a las características disímiles que presenta el registro arqueológico en diferentes áreas, todo análisis deberá ser adaptado a la realidad local.

El Arte rupestre

Un problema se nos suscita al enfrentarnos a la, probablemente, más complicada de las evidencias arqueológicas existentes, el arte rupestre, cuya riqueza informativa requiere de enfoques más particularistas y refinados que intenten abordar el estudio de la complejidad interna de los paneles. No obstante lo anterior, creemos posible realizar una primera lectura del arte rupestre a partir de su análisis espacial, sin profundizar en mayores análisis iconográficos (p.e. BRADLEY *et al.* 1994, 1995; BRADLEY 1997, CRIADO y PENEDO 1993). Esto es así, debido al hecho que el arte rupestre, la inscripción cultural allí existente, no es un artefacto mueble, sino por el contrario, corresponde a un monumento emplazado en el espacio de acuerdo a una racionalidad espacial específica y particular al grupo humano que lo generó. En cierta medida, entonces, el arte rupestre está marcando puntos significativos en el espacio, vertebrando un paisaje a partir de una serie de principios culturales. Pero, y a la inversa, el espacio actúa recursivamente sobre el panel definiendo su razón de ser según tales parámetros. En forma metafórica, es posible pensar en ella como en una escultura, donde "the process of creating the sculpture is an integrated one in which the artist lives and works in the locality out of which, they all say, the sculpture grows" (TILLEY 1995: 51).

Reconocemos en lo anterior una perspectiva simplista que no explota la riqueza informativa del arte rupestre, sin embargo, tal análisis debe considerarse sólo como parte de una primera etapa de trabajo general, la que posteriormente deberá ser complejizada a partir del estudio interno de los paneles a una escala más refinada, como parte de una perspectiva más particularista que explore los caminos del arte rupestre en conjunción con la información contextual existente.

Nuestro desafío

Como lo hemos señalado al inicio del presente trabajo, la noción económica de espacio se encuentra profundamente enraizada en nuestra actual forma de pensar, permeando muchos de nuestros discursos e interpretaciones. La arqueología del paisaje, en cuanto estrategia de investigación orientada al estudio de los paisajes pretéritos, intenta y debe traspasar el desafío propuesto por este reconocimiento consciente de su contexto de saber.

En tal sentido, a través de nuestro discurso hemos de intentar recuperar aquellas otras visiones del paisaje, expresiones de otras formas de estar-en-el-mundo, olvidadas y ocultadas bajo la clonación del espacio capitalista. Reconocemos la dificultad de tal desafío y hacemos extensiva tal crítica a nuestro propio pensamiento, pero teniendo en mente las posibilidades ciertas de poder avanzar hacia aquellos espacios substantivizados sobre la base de criterios no-occidentales.

Y esta debe ser la tarea, y la principal contribución, de una arqueología del paisaje latinoamericana, a través de cuyo discurso se reificará una condición de diferencia con la retórica europea, que si bien entrega valiosos aportes teóricos-metodológicos, al momento de avanzar en la develación de los paisajes de ayer no logra liberarse mayormente de sus cadenas occidentales, cadenas que son más bien lazos históricos de un mundo donde se gestó el actual sistema de saber occidental.

La particularidad de Latinoamérica, nuestra riqueza cultural, la lucha contra la universalidad, el entendimiento y respeto por aquellos constructores de otros espacios y por sus paisajes, actualmente traducidos a un código occidental de acuerdo a los parámetros económicos-productivos capitalistas en pos del progreso energético nacional, será el aporte de esta perspectiva teórica a la discusión nacional; esperamos.

A manera de ejemplo: Paisajes prehispánicos en el valle de Illapel

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el valle de Illapel, y orientadas al estudio del análisis espacial de los asentamientos de la Cultura Diaguita, han permitido generar un modelo de acercamiento a los procesos de construcción social del paisaje durante el Período Intermedio Tardío (TRONCOSO 1998a, 1998b, 1998c).

La distribución espacial de los sitios se caracteriza por la aplicación de un modelo pautado y esquemático de utilización del entorno local, reflejado en la organización de los diversos yacimientos existentes a partir de concentraciones de asentamientos⁶ que guían y ordenan la ocupación por parte de las poblaciones locales, transformándose en un recurso material para la construcción de lugares, unidad mínima de vertebración y articulación del paisaje (TILLEY 1994). A partir de su visualización, reflejada en la estructura habitacional, se produce y reproduce un espacio cultural significativo marcado por la retórica de la cotidaneidad de la acción social.

A lo largo de su distribución espacial, generan un entramado marcado por la presencia de la cultura material definidora de áreas culturales, en contraposición a sectores donde se encuentra ausente la visibilización de la acción humana en términos concretos, construyendo un valle marcado por principios de presencia:ausencia o semejanza:diferencia, encargados de jerarquizar y elaborar un paisaje.

De la misma forma, en este proceso de ordenamiento del espacio, producido a partir de la disposición de las agrupaciones de asentamientos, se desprende una importante diferenciación entre curso medio-inferior y curso superior. Mientras en el primer caso, el uso del espacio se caracteriza por un fuerte uso de las terrazas fluviales y una escasa presencia de sitios arqueológicos en las quebradas interiores, en el curso superior del valle hay un bajo uso de las terrazas y un notorio asentamiento en quebradas interiores. Esta diferencia se ve acentuada por la asociación existente entre campamentos en quebradas y petroglifos, donde se ha pensado que el arte rupestre está jugando un decisivo rol en la definición de esta zona por parte de los grupos Diaguita (TRONCOSO 1998b), marcando áreas relacionadas más con la construcción de un espacio que con la generación de un lugar para la cotidaneidad.

Por tanto, el elemento básico de este proceso correspondió a la construcción diferencial del espacio, por medio del cual, el valle es disgregado por los grupos Diaguita generando distintas maneras de abordarlo a partir de esta categorización inicial, originando paisajes disímiles en cuanto a la presencia y relaciones de sus unidades constituyentes, unidades tanto de carácter natural como cultural.

Por otro lado, y con respecto a las estrategias de visibilidad (CRIADO 1993), la acción destructiva de las actividades agrícolas desarrolladas en el valle de Illapel, desde hace unos cuantos siglos a la fecha, han producido una total desaparición de cualquier evidencia relativa a la presencia de estructuras construidas por sus antiguos habitantes. Sin embargo, algunos avances son posibles de realizar a partir de la conjugación de los datos manejados.

En tal sentido, hemos definido las estrategias de visibilización Diaguita a partir de la combinación de una fuerte tendencia a la exhibición y una escasa elaboración de monumentos ambiguos. El primer caso estaría siendo representado por las estructuras habitacionales, mientras que el segundo correspondería a los petroglifos (TRONCOSO 1998a, 1998b).

Las investigaciones realizadas hasta la actualidad en sectores mayormente no disturbados, como conos de deyección y quebradas interiores, sugiere la ausencia de estructuras notables con una alta perduración en el tiempo. Más bien, ellas corresponderían a construcciones de corta vida, probablemente, incluso de menor duración que el ciclo vital humano.

A través de tales estrategias, la acción social, y sus productos, se proyectan espacialmente a lo largo de la naturaleza. No obstante, tal proyección se restringe a un determinado y acotado segmento temporal, sin intenciones de poseer una amplia extensión cronológica que permita su continuación indefinida en el espacio,

Un carácter monumental, sin embargo, se encontraría en la elaboración de los petroglifos que se dispersan en un área muy restringida y acotada del valle construyendo aquel espacio diferencial ya mencionado.

En contraposición a lo anterior, durante el Período Alfarero Temprano la construcción del paisaje se articula a partir de la generación de un espacio marcado por la lógica abstracta y monumentalizadora de la cultura, expresada en la frecuente elaboración de petroglifos. A través de su continua disposición se genera este espacio donde conviven abundantes figuras geométricas con algunos motivos naturalistas, tales como los camélidos. Se contraponen esta monumentalidad de lo abstracto con la escasa visibilidad de lo cotidiano expresado en la vivienda, el asentamiento, su sinónimo por antonomasia. De hecho, las prospecciones y excavaciones sistemáticas efectuadas hasta el momento señalan una baja presencia de sitios de esta época, encontrándose de preferencia ocupaciones poco potentes, aunque algunos asentamientos importantes han sido registrados. Por ejemplo, el sitio Loma Las Pircas consistente en un yacimiento con estructuras circulares y un claro reflejo de la acción cotidiana en el espacio, se encuentra emplazado en un cono de deyección de difícil acceso y visibilización. Más aún, si bien su naturaleza es de carácter monumental, su capacidad de ser visualizado se basa en una estrategia de ocultación de la acción social, concordante con la evidencia existente para los otros sitios habitacionales.

Se contraponen e invierte completamente este paisaje regido por la monumentalidad de lo abstracto y la ocultación de la cotidaneidad con el espacio construido durante el Período Intermedio Tardío, caracterizado por la exhibición de la cotidaneidad y la baja representatividad del monumento abstracto. Tales inversiones ejercidas por el sistema de transformaciones de un período a otro en el ámbito espacial, también pueden ser advertidas en otras esferas de la vida material de estos dos grupos poblacionales, como, por ejemplo, en el cambio que afecta a la morfología y decoración de piezas cerámica, donde se oponen e invierten significativamente monocromía::policromía::incisos::pintados::formas cerradas::formas abiertas.

Pero volviendo a nuestro tema, es posible apreciar como a partir de los cambios en los patrones de asentamiento y en la construcción del espacio, los Diaguitas reinscriben el paisaje local a partir de una lógica diferente a la de sus predecesores. Sin embargo, durante el desarrollo de este proceso, ellos debieron lidiar con la racionalidad cultural previa plasmada en el espacio a partir de la monumentalidad de los petroglifos, huellas imborrables de otros tiempos que debieron influir activamente en las estrategias de culturización del espacio implementadas por los Diaguitas. En tal sentido, la reocupación de monumentos de este tiempo, como es el caso del sitio Los Mellizos, extenso asentamiento compuesto por más de 90 paneles de petroglifos próximo a la confluencia de los ríos Illapel y Tres Quebradas, pudo constituirse en un buen recurso material para reclamaciones ideológicas, enraizando conceptos y lugares en una profunda malla de referencias temporales que pueden, incluso adquirir connotaciones religiosas, a partir de una asociación con el ayer, con lo absoluto, puesto que se remonta a los orígenes del mundo y esta continuidad no admite, ni orientación, ni grado (LEVI-STRAUSS 1994[1962]).

De esta forma, las evidencias espaciales manejadas para los Períodos Alfarero Temprano e Intermedio Tardío nos hablan de la existencia de narrativas disímiles, basadas en la utilización diferencial de los diversos espacios que presenta el valle de Illapel, remontándonos, en última instancia, a la existencia de concepciones espaciales diferentes y a la presencia de distintas temporalidades espaciales, generadoras de paisajes heterogéneos, ocultos en las profundidades de la evidencia arqueológica.

AGRADECIMIENTOS: Debo expresar mi máxima gratitud a todos aquellos que de una u otra forma han colaborado en la elaboración de este trabajo, ya sea a partir de revisiones del manuscrito o con comentarios sobre las ideas aquí expuestas. En tal sentido, agradezco en primer lugar a Felipe Criado (GIARPa) por toda la

ayuda prestada en términos bibliográficos y por su interés en mi trabajo; a Rodrigo Sánchez, por las oportunas correcciones realizadas al manuscrito; a Francisco Gallardo, cuyas conversaciones relativas al espacio y arte rupestre han incentivado muchas reflexiones de mi parte y, finalmente, a Lolo Santos (GIARPa), con quién he tenido la oportunidad de compartir puntos de vista y discutir temas relativos al arte rupestre y su rol en los procesos de construcción social del espacio, además de haber revisado la última versión del manuscrito aportando sugerentes ideas para futuras investigaciones.

Cronología	Periodo Cultural	Estrategias de construcción social del espacio
0 – 900 DC	Alfarero Temprano	Monumentalidad de lo abstracto Invisibilidad de lo cotidiano
900 – 1500 DC	Periodo Intermedio Tardío (Cultura Diaguita)	Visibilidad de lo cotidiano Uso diferencial de lo monumental Reutilización de monumentos.

Cuadro N°1

Resumen estrategias de construcción social del espacio en el valle de Illapel.

NOTAS

¹ Arqueólogo. Proyecto Fondecyt N°1980248. E-mail: copain@entelchile.net.

² “The relationship with place and with things is a social one, in which people belong to the land as much as the land belongs to people” (THOMAS 1996: 71).

³ Derivado de la dualidad de conceptos habitar-construir propuesto por Heidegger (1997[1927]), algunos autores han producido una síntesis de orientación materialista que define al trabajo como piedra angular de la construcción del mundo. Ello ha llevado a Ingold (1993) a definir una perspectiva del habitar (*dwelling perspective*), centrada en la fenomenología y temporalidad del paisaje (*landscape*) y la interacción e interrelación de las operaciones prácticas producidas por un actor en su ambiente, como parte de su rutina diaria de vida (*taskscape*).

⁴ En este punto cobran importancia los aportes de Foucault (1983), relativos a las llamadas heterotopías espaciales o los no-lugares, y los postulados de Giddens (citado en THOMAS 1994) concernientes a los lugares dominantes (*dominant locales*), entidades almacenadoras de capital social y de primordial importancia para la reproducción social.

⁵ “It is a history, then, of human beings as *subjects*; and through its appropriate engagement in such history, nature acquires a *human past*” (INGOLD 1987: 111).

⁶ En trabajos anteriores (1998a, 1998b, 1998c), hemos definido a estas agrupaciones como sistemas de asentamientos, entendiéndolos “como un conjunto de sitios contemporáneos interrelacionados funcionalmente dentro de una estrategia de explotación y apropiación del medio ambiente” (TRONCOSO 1998b: 31). Sin embargo, y para no producir confusiones con la terminología acuñada por Aldunate *et al.* (1986), hemos preferido utilizar de momento el término agrupación de asentamientos.

REFERENCIAS

- ALDUNATE, C.; J. BERENGUER, V. CASTRO, L. CORNEJO, J.L. MARTÍNEZ y C. SINCLAIRE, 1986. *Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior*. D.I.B., Universidad de Chile.
- BAUDRILLARD, J. 1983. *El espejo de la producción*. Gedisa, México.
- BRADLEY, R. 1992. *Altering the earth*. Society of antiquaries of Scotland, Edimburgo.
- 1997. *Rock art and the prehistory of Atlantic Europe. Signing the land*. Routledge, Londres.
- BRADLEY, R., F. CRIADO y R. FABREGAS, 1994. Rock art research as landscape archaeology: A pilot study in Galicia, north-west Spain. *World Archaeology* 25 (3): 374-390.
- 1995. Rock art and the prehistoric landscape of Galicia: The results of field survey 1992-1994. *Proceedings of the Prehistoric Society* 61: 347-370.
- BUCHLI, V. 1997. Interpreting material culture: The trouble with the text. En *Interpreting Archaeology: Finding meanings in the past*, pp: 181-193. I. Hodder, M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last y G. Lucas (Eds.). Routledge, Londres.
- CRIADO, F. 1988. Arqueología del Paisaje y espacio megalítico en Galicia. *Arqueología Espacial* N°12: 61-117.
- 1991. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana* 24: 5-29.
- 1993. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.
- 1997. The visibility of the archaeological record and the interpretation of social reality. En *Interpreting Archaeology: Finding meanings in the past*, pp: 194-204. I. Hodder, M. Shanks, A. Alexandri, V. Buchli, J. Carman, J. Last y G. Lucas (Eds.). Routledge, Londres.
- CRIADO, F. y R. PENEDO, 1993. Art, time and thought: A formal study comparing Palaeolithic and postglacial art. *World Archaeology* 25 (2): 187-203.
- CHANG, K. 1983. *Nuevas perspectivas en Arqueología*. Alianza Editorial, 2ª edición, Madrid.
- FOUCAULT, M. 1980. *Microfísica del poder*. Ediciones de La Piqueta, 2ª edición, Madrid.
- 1983. Des espaces autres. *AMC Revue d'Architecture*, Oct: 46-49.
- 1995. *Tecnología del yo*. Ediciones Paidós Ibérica, 2ª reimpresión, Barcelona.
- 1997a[1966]. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI Editores, 26ª edición, Madrid.
- 1997b[1969]. *La arqueología del saber*. Siglo XXI Editores, 18ª edición, Madrid.
- HEIDEGGER, M. 1997[1927]. *Ser y tiempo*. Editorial Universitaria, Santiago.
- HODDER, I. 1988. *Interpretación en Arqueología*. Editorial Crítica, Barcelona.
- 1992. *Theory and practice in archaeology*. Routledge, Londres.
- 1999. *The archaeological process*. Blackwell, Oxford.
- INGOLD, T. 1987. *The appropriation of nature. Essays on human ecology and social relations*. University of Iowa Press, Iowa.
- 1991. The temporality of landscape. *World Archaeology* 25 (2): 152-174.

- LEVI-STRAUSS, C. 1994[1962]. *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica, 8ª reimpresión, México.
- PARCERO, C., F. CRIADO y M. SANTOS, 1998. Rewriting landscape: Incorporating sacred landscapes into cultural traditions. *World Archaeology* 30 (1):159-176.
- SHANKS, M. y C. TILLEY, 1987a. *Re-constructing archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.
---- 1987b. *Social theory and archaeology*. Polity Press, Cambridge.
- THOMAS, J. 1994. The hermeneutics of megalithic space. En *Interpretative Archaeology*, pp: 73-97. C. Tilley (Ed.). Berg, Oxford.
---- 1995. The politics of vision and the archaeologies of landscape. En *Landscape archaeology: politics and perspectives*, pp: 19-48. B. Bender (Ed.). Berg, Oxford.
---- 1996. *Time, culture and identity*. Routledge, Londres.
- TILLEY, C. 1994. *A phenomenology of landscape: Places, paths and monuments*. Berg, Oxford.
---- 1995. Art, architecture, landscape (Neolithic Sweden). En *Landscape archaeology: Politics and perspectives*, pp: 49-84. B. Bender (Ed.). Berg, Oxford.
---- 1996. The power of rocks: topography and monument construction on Bodmin Moor. *World Archaeology* 28 (2): 161-176.
- TRONCOSO, A. 1998a. *El periodo Intermedio Tardío en la cuenca del río Illapel: desarrollo y relaciones*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.
---- 1998b. Arqueología del Asentamiento y la Cultura Diaguita en el valle de Illapel. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* N°26: 31-35.
---- 1998c. Uso del espacio y estrategias de apropiación de la naturaleza durante el Período Intermedio Tardío en el valle de Illapel. Actas del 3er Congreso Chileno de Antropología (en prensa).